

POR UNA GENERACION REBELDE

Edgar Llinás-Alvarez

Todo el fastidio, toda la fiebre, toda el hambre, la sed sin agua, el yermo sin hembras, los despojos de caravanas. . . , huesos en blanquecino enjambre. . . todo en el cerco bulle de sus dolientes ojos.

Guillermo Valencia

Si observamos el panorama latinoamericano contemporáneo, si examinamos su expresión artística y el contenido de su pensamiento filosófico, si acaso de oídas ha llegado a nosotros el grito desgarrador del pueblo, no podemos menos que decir: "es un grito de desesperación". En efecto, hay un profundo sentido de tragedia, de fracaso en el lamento latinoamericano. Parece que entre nosotros no hubiera habido ni un Abraham, ni un David, ni un Cristo sino sólo cuarenta y dos generaciones de cautiverio en Babilonia. Babilonia es el mundo que nos rodea y que conoce nuestra miseria y exasperación, es Occidente que nos sometió a su voluntad, nos robó de nuestra identidad, y ahora nos mira, con un miedo supersticioso de contagiarse, como a los parias que van por el camino sin saber a dónde conduce ese camino ni entender por qué lo han tomado.

Alguien podría decir que esa sensación de fracaso no es peculiar al continente latinoamericano sino que es común a todas las naciones del mundo. No. Esa es una aseveración equivocada. Quizá ninguna nación ha alcanzado la justicia completa que es el ideal, pero la mayoría puede mostrar los resultados de una tarea de creación ya avanzada, y sentirse orgullosa de una larga tradición. Latinoamérica, adormecida por centurias, sometida a un aislamiento intelectual impuesto por las fuerzas opresoras y las circunstancias, sólo ahora viene a despertar para entregarse a la búsqueda de sí misma; y el hombre latinoamericano, llegado ahora a la adolescencia histórica, se pregunta: "¿quién soy yo?", y se encuentra con que él es un don Nadie, con que vive en una civilización que él mismo desconoce, y con que su sistema social muestra caracteres atávicos que lo asimilan al sistema feudal. El parece encontrarse aislado no sólo del mundo en general sino aun de sus mismos hermanos latinoamericanos, y la corriente de ideas no fluye sino que se detiene, se contamina, y se pudre.

El idioma y la geografía

Se dice que el idioma y la geografía son dos elementos determinativos de la personalidad de un pueblo. Hasta qué punto ellos determinan la personalidad es un problema demasiado complejo para que podamos discutirlo a fondo. Ciertos autores han intentado explicar el florecimiento y decadencia de las civilizaciones en términos del clima, y dicen ellos que el movimiento

humano tiende hacia el norte en busca de los climas más frescos y estimulantes del septentrión. Aceptemos, sin buscar fórmulas absolutas, que el idioma y la geografía tienen una influencia formativa en la personalidad. Si tomamos el aspecto del idioma primero ¿cuál es la característica esencial del idioma latinoamericano? Vemos que la lengua que hablamos es una lengua europea originada en la combinación feliz del latín, el árabe, el griego y otros idiomas, y que las reglas de la gramática las establece la Academia Española. Ahora podemos responder: la característica esencial del idioma latinoamericano es que no existe. Usamos un idioma extranjero. De ahí se puede colegir que a cada palabra que decimos nos negamos nuestra propia identidad. Los idiomas nativos, con unas pocas excepciones en Centroamérica y Sudamérica como el quechua, han desaparecido dejando unas pocas palabras esparcidas aquí y allá. Si pretendemos estudiar la psicología social latinoamericana a través del idioma estamos condenados a fracasar en el intento a no ser que aceptemos que el idioma moldea en un todo la psicología, y en ese caso nos negamos no sólo nuestra identidad presente sino las posibilidades futuras porque convertimos el lenguaje, no en un instrumento que podemos modificar a nuestro antojo de acuerdo con las necesidades, sino en un yugo que sofoca la imaginación y la iniciativa. Por mi parte, rehúso aceptar tal hipótesis. Para mí hay una relación íntima entre la psicología y el idioma, una especie de simbiosis en la cual ambos se modifican mutuamente. Cuando hablamos en un cierto idioma, distinto del nativo, acomodamos nuestras ideas a la sintaxis peculiar de ese idioma, pero también lo manipulamos y lo sometemos al orden de nuestras ideas, a nuestro estilo personal.

El idioma latinoamericano es, pues, un testigo más de la dominación a que hemos sido sometidos. Es el resultado de una forma de aculturación impuesta y forzosa. Con él se destruyeron mil posibilidades como la de una literatura azteca, inca, o maya cuyo florecimiento pudo haber sido tan magnífico como el arte de esas civilizaciones. Si tal hubiera ocurrido, el mundo sería hoy más rico intelectualmente, y Latinoamérica tendría un justo motivo de orgullo.

Con todo se puede decir que el idioma, aun si es extranjero, nos une. Es la geografía la que nos separa. Las cordilleras se levantan como monstruos prehistóricos para interponerse entre nosotros, los climas son a menudo sofocantes y malignos, los llanos y las pampas desorientan al caminante y lo hacen sentirse solo e impotente. Se puede contrastar la geografía latinoamericana con la de Estados Unidos. Dice John Jay en el *Federalist Paper*, núm. 2:

It has often given me pleasure to observe that independent America was not composed of detached and distant territories, but that one connected, fertile, widespreading country was the portion of our western sons of liberty. Providence has in a particular manner blessed it with a variety of soils and productions and watered it with innumerable streams for the delight and accommodation of its inhabitants. A succession of navigable waters forms a kind of chain round its borders, as if to bind it together; while the most noble rivers in the world, running at convenient distances, present them with highways for the easy communication of friendly aids and the mutual transportation and exchange of their various commodities.

With equal pleasure I have as often taken notice that Providence has been pleased to give this one connected country to one united people—a people descended from the same ancestors, speaking the same language, professing the same religion, attached to the same principles of government, very similar in their manners and customs, and who, by their joint counsels, arms and efforts, fighting side by side through a long and bloody war, have nobly established their general liberty and independence.

Latinoamérica, por el contrario, sí está formada por territorios separados y distantes. La gran mole de los Andes se interpone entre Buenos Aires y

Santiago, entre Lima y Quito, entre Bogotá y Caracas, y los grandes ríos, más que comunicar, aíslan. El Amazonas está cubierto por una selva impenetrable, una vorágine como la llamara Eustasio Rivera, que domina al hombre por el terror y el sofoco. Es cierto que los obstáculos geográficos pueden dar origen a una raza de titanes (se dice que el genio es aquel que sabe sobreponerse a los mayores impedimentos), pero también puede reducir un pueblo a la derrota, y sumirlo en el letargo.

Por otra parte la población es perfectamente heterogénea. Por su origen se puede dividir en tres grandes grupos: los indígenas, los europeos y los africanos. Los indígenas a su vez pueden ser divididos en tres grupos: el de las grandes civilizaciones como la azteca, la maya, y la inca; el de aquellos que practicaban la agricultura en pequeñas villas; y el de los cazadores y colectores. Los europeos son en su mayoría de origen ibero, pero al llegar las inmigraciones del siglo XIX entraron numerosos italianos, polacos e ingleses. En cuanto respecta a los africanos, su origen no tiene importancia en términos específicos puesto que fueron prácticamente asimilados a la cultura ibera imperante, es decir, despojados de su bagaje cultural con la excepción, hasta cierto punto, de su tradición religiosa que ahora se refleja en el vudú.

Uno de los grandes temas del pensamiento latinoamericano es el de la mezcla de razas, el mestizaje. El mestizaje se ha ofrecido a la vez como la causa de nuestros males y como la gran esperanza del futuro.

Como la causa de nuestros males lo vieron los positivistas, en particular el argentino Carlos Octavio Bunge que vio en el ibero sólo arrogancia, en el indio fatalismo y resignación, y en el negro servilidad e infatuación, y juzgó, por lo tanto, que el latinoamericano era una mezcla de pereza, tristeza y arrogancia. Para un continente racialmente degenerado la única esperanza era estimular la inmigración europea.

Más tarde, cuando apareció el movimiento indigenista, el mestizaje fue visto como la esperanza del futuro. Este fue un gran viraje que Latinoamérica hizo en la apreciación de sus propios valores. Manuel González Prada en el Perú trató de reivindicar al indio y de explicar sus fallas en términos del yugo a que estaba sometido. Tal explicación está de acuerdo con las últimas investigaciones científicas como se ve en los estudios del carácter del negro en los Estados Unidos que se ha comparado con el carácter de los prisioneros en los campos de concentración nazis. Se ha visto que la esclavitud embrutece, destruye la iniciativa, y produce una regresión al infantilismo. Fue José Vasconcelos en México quien habló de la raza cósmica que sería el resultado del mestizaje total, y heredera, no ya de los defectos de las razas originales, sino de sus cualidades. Esta sería la raza del futuro, la que daría origen a la civilización mundial.

La ciencia moderna no arguye en favor ni de la una ni de la otra posición, pero al menos nos dice con certeza que si el mestizaje no tiene resultados positivos en el sentido biológico, tampoco los tiene negativos.¹ Su extensión al menos ha evitado la discriminación y la intolerancia racial porque nadie en Latinoamérica puede tener pretensiones de pureza racial con la excepción, tal vez, de ciertos grupos indígenas.

La sociedad y la cultura

El sistema social latinoamericano es y ha sido la institucionalización de la

¹Magnus Morner, *Race Mixture in the History of Latin America*, Little, Brown and Company, Boston, 1967, p. 148.

explotación. Los iberos, o bien explotaron al indio, o bien lo destruyeron, y entonces introdujeron al negro para convertirlo en su esclavo. En el caso de las grandes civilizaciones indígenas que podían ofrecer una poderosa fuerza laboral los iberos mantuvieron casi intacto el sistema social, pero se constituyeron en la cabeza de ese sistema para poder explotarlo en beneficio propio. Esto dio lugar a la mita, la encomienda, el repartimiento y las reducciones. En el caso de las pequeñas agrupaciones indígenas que se mostraron hostiles, o que, por razón de su pequeñez, no podían ser utilizadas con buenas utilidades los iberos las exterminaron bien por acción directa, o bien por medio de las plagas y enfermedades europeas. En este caso el negro fue introducido para reemplazar al indio, y el sistema socioeconómico que se implantó fue el de la hacienda y la plantación que, en términos generales, ha subsistido hasta la época presente.

Que no se diga que las guerras de independencia fueron una revolución social. Esas guerras fueron meramente el traspaso del poder de una oligarquía a otra tan opresiva como la primera. El pueblo estaba todavía sumido en una especie de letargo arquetípico, y las dos columnas del sistema social, la aristocracia y la iglesia, sobrevivieron intactas.

Pero las guerras de independencia pusieron fin tan sólo al primer periodo de la explotación extranjera. Un segundo periodo habría de llegar muy pronto, y éste sería ya, no el de la explotación ibera, sino el de la de Occidente con su crecimiento industrial y su necesidad de materias primas. Movidos por una política altamente egoísta, y poseídos de una tecnología que los colocaba en una posición esencialmente superior, estos pueblos se avalanzaron sobre Latinoamérica usando de todas las formas de soborno y prevaricato para apoderarse de las riquezas nacionales. Ellos se apoderaron de las minas y las plantaciones, y en vez de promover la movilidad social, se aliaron con la aristocracia para evitarla. Es así como los petróleos, las minas de oro, platino, estaño, cobre y las plantaciones de banano pasaron a manos extranjeras que extraían la riqueza nacional al mismo tiempo que se llevaban las ganancias. Como dice Leopoldo Zea,

... estas tierras, que han de dar con sus frutos la base de la transformación económica y social de nuestros pueblos, no sólo se encuentran, en muchas partes de nuestra América, en manos de viejos caciques y señores feudales, sino también en las activas manos de compañías occidentales que sacan de ella los productos que luego han de ser transformados por sus industrias y revendidos, con grandes ganancias, una vez transformados tales frutos, entre los son doblemente esquilados.²

¡Y se pregunta por qué somos un pueblo enfermo! La respuesta parece evidente. Porque somos un pueblo explotado. Un pueblo explotado por ciertos intereses extranjeros y por nuestra propia oligarquía. De ahí esa inestabilidad de las instituciones, esa institucionalización de la inestabilidad. Es el resultado de la filosofía de enriquecerse pronto y sin esfuerzo, lo que George Pendle llama la filosofía del Dorado, porque el Dorado se convirtió en el símbolo de una actitud hacia la vida. América era la tierra donde los conquistadores podían enriquecerse pronto, como en un juego de ruleta donde la suerte lo decidía todo. No era necesario ensuciarse las manos cultivando la tierra, ni trabajar en las minas; de hecho no era necesario hacer nada sino usar de la fuerza y aprovechar los golpes de suerte. Pero una organización estable en la que cada uno se ocupa de su oficio no es ventajosa en los juegos del azar. Hay que introducir la inestabilidad, el cambio súbito en que los

²Leopoldo Zea, *Latinoamérica y el mundo*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1959, p. 68.

jugadores se atrevan a arriesgar grandes sumas para así darle viveza a la apuesta y validez a la filosofía del Dorado. Tal es la práctica tradicional latinoamericana. Se refleja hoy en los golpes de Estado, en la errática situación monetaria, en el desequilibrio de las economías.

Pero no se crea que la inestabilidad implica un dinamismo social. No. Los que ganan son siempre los mismos y los que pierden han venido perdiendo desde la Conquista. Así se explica que en Latinoamérica se juzgue al individuo, no por sus méritos, sino por adscripción; que en vez de usar reglas universales nos valgamos del particularismo; y que en las relaciones interpersonales prefiramos la difusión a la especificidad.

La sociedad latinoamericana es una sociedad esencialmente estática que se ha abandonado al azar y ha rehusado aprender los grandes avances científicos, técnicos, y humanísticos de los últimos tiempos. Los intelectuales latinoamericanos son una pequeña casta que se enorgullece de sus lucubraciones metafísicas, oscuras e inaccesibles al pueblo, que pretende asimilarse a la aristocracia latifundista, y que desdeña el trabajo manual y las conquistas de la ciencia. En general los intelectuales latinoamericanos sirven el régimen social más bien que proponer uno nuevo más libre y más justo. Las figuras como Sarmiento, González Prada y Vasconcelos son realmente excepcionales.

Mientras tanto el pueblo se revuelve en la más absoluta ignorancia. Para conquistarlo y someterlo era necesario desposeerlo de su tradición cultural, de su identidad, y ofrecerle en cambio la superstición. No se crea que los encomenderos y los miteros iban a permitir que sus esclavos fueran indoctrinados en el arte del pensamiento racional. Había que lavar el cerebro del pueblo para inducirlo a sepultarse en los socavones de las minas, y para que se dejara revolcar en los barriales de las plantaciones cultivando una tierra ajena. La educación era y es la propiedad exclusiva de las oligarquías.

La religión

Los iberos nos conquistaron con dos símbolos, el de la cruz y de la espada. La espada sirvió para subyugar nuestro cuerpo, y la cruz para subyugar nuestro espíritu. Al cabo de los siglos logramos librarnos del dominio de la espada, pero el de la cruz persistió; y aún hoy nuestro pueblo carga las cadenas de un dogma que le impide pensar por sí mismo, que le roba su individualidad, y que le somete a una autoridad identificada con intereses foráneos.

¿Cuál de estos males es el peor? Sería difícil responder esta pregunta. Para el intelectual la incapacidad de pensar por sí mismo es quizá el aspecto más negativo y la última fuente de todos los males. Es la negación de toda posibilidad de hallar una identificación personal, es el robo de la mente y la voluntad que tienen que someterse a un dogma cuya validez racional se nos afirma sin que podamos llegar a entenderla, y menos a discutirla. Este es el principio del robo de la individualidad. Si el dogma se resuelve en una ética que nos dice: "someteos, sed sumisos, deponed las armas del cuerpo y del espíritu y entregaos a vuestros señores", entonces la reducción a la esclavitud es total, y el círculo vicioso se cierra.

La iglesia no enseñó el evangelio a los pueblós latinoamericanos sino una falsificación del Evangelio. Cristo dijo: "No penséis que he venido a poner paz en la tierra; no vine a traer la paz sino la espada." Cristo hizo hablar a los mudos y ver a los ciegos, y denunció a los fariseos y a los escribas. La iglesia en Latinoamérica enmudeció y encegueció al pueblo, y luego, por medio de La Inquisición, lo aisló del resto del mundo para que no pudiera comulgar con el movimiento de las ideas. La iglesia no le enseñó al pueblo a leer y a escribir

para que pudiera pensar y expresar sus ideas (eso debía pertenecer sólo a la aristocracia), sino que enseñó aquella filosofía de "Dios me lo dio, Dios me lo quitó. Hágase la voluntad de Dios". Lo redujo, pues, a una pasividad absoluta, le arrebató la llama creadora, lo embruteció con la superstición y la ignorancia.

Más aún, la iglesia se identificó y se ha identificado siempre con intereses foráneos. Durante la Colonia ella era la primera defensora del poder ibero que la había permitido explotar al indio en las reducciones, y que la había sostenido en su esfuerzo por substituir las formas religiosas nativas por el credo católico, ahora más arrogante y dogmático que nunca después de la Contrarreforma. Los politeísmos americanos que mantenían un sistema jerárquico que en algunos casos, como el de los incas, era de tipo socialista fueron socavados poco a poco y substituidos por el monoteísmo europeo.

Hoy la iglesia, a pesar de los esfuerzos que de vez en cuando hace por apreciar realísticamente las necesidades continentales, se mantiene fuera de tono con los grandes males latinoamericanos. Ella parece desconocer el crecimiento desproporcionado de la población, del hambre, de la ignorancia, y se ha hecho a un lado del avance de la técnica enseñando, no que el hombre puede cambiar su ambiente por medios racionales, sino que el hombre depende de la voluntad de Dios, cuando, desde el Renacimiento, el hombre ha estado tratando de evaluar el universo en sus propios términos, y de convertirse, en las palabras del griego, en la medida de todas las cosas.

Afortunadamente esa jerarquía que estableció la iglesia, y que se identifica con la jerarquía feudal donde existe una aristocracia que gobierna y explota al pueblo, luego el sacerdote, luego el obispo, y finalmente el papa, se está desmoronando poco a poco bajo los embates de la izquierda y de las sectas protestantes que buscan una solidaridad horizontal bajo el lema de que "todos somos hermanos en Cristo: sin sacerdotes, sin sirvientes, sin ricos, y sin pobres".

La historia

Para una civilización la historia representa la conciencia que tiene de sí misma, el legado que las generaciones pasadas han dejado a la presente y a las futuras, la dirección que se ha tomado para alcanzar la meta ideal que propone la filosofía —la concepción de lo que es bueno y justo. La historia da un sentido de individualidad, nos dice lo que hemos hecho, y nos permite evaluarnos a nosotros mismos. Quien quiere responder a la pregunta ¿quién soy yo? , estudia la historia.

Se ha dicho que Latinoamérica es una civilización de inclinación peculiarmente histórica en la que los eventos del pasado se celebran a diario en los cuentos que la madre dice al niño, en las biografías sin número que se publican, en los monumentos y museos que abundan en todas las ciudades, en los nombres de personajes históricos que se dan a las plazas y calles. Leopoldo Zea va aún más allá. El dice que hay pueblos que ponen especial acento en el pasado, otros que lo ponen en el presente, y otros, finalmente, que invierten todo en el futuro. Para él Latinoamérica es un ejemplo de una civilización que ha puesto todo su énfasis en el pasado, mientras los Estados Unidos se han despojado del pasado y han invertido sus haberes en el futuro. Ello es así, dice él, porque en el momento en que se descubrió América los europeos estaban divididos en dos bandos, el de la Reforma que quería romper con el pasado, y el de la Contrarreforma que luchaba por la permanencia de ese pasado. Los primeros fueron a Norteamérica y los segundos vinieron a La-

linoamérica. De ahí el enfoque enteramente diferente de estas dos civilizaciones.

Puesto en esos términos el argumento parece válido y tiene su atractivo. Considerado en sus detalles, sin embargo, se encuentra que tiene generalizaciones un tanto rudas. La Reforma protestante, en efecto, no fue un esfuerzo por romper con el pasado sino más bien un movimiento en busca de un pasado más auténtico y justo. Lutero, Calvino y Zuinglio consideraron que la iglesia de su tiempo había desvirtuado las mejores tradiciones cristianas, y más que romper con el pasado, quisieron ir en busca de ese pasado para constituir la comunidad cristiana que había sido el ideal de los primeros tiempos, de la época de Trajano y Nerón. No hay, por lo tanto, razón para creer que la civilización norteamericana ha puesto menos énfasis en el pasado que la latinoamericana por tener aquélla su origen en la Reforma protestante.

Sin embargo la historia de estas dos civilizaciones es completamente distinta. A Norteamérica la asimilamos con Occidente, y encontramos que su tradición es la misma tradición germana y que ha participado de todos los movimientos europeos incluyendo la revolución industrial del siglo XIX.

Latinoamérica en cambio es un mundo aparte. Durante la Colonia se la mantuvo aislada de todas las corrientes intelectuales, políticas, y sociales mientras ella se sumía en una especie de sopor maligno. Fue casi por accidente que las ideas de la Ilustración vinieron a tener algún impacto en la mente continental, y eso fue más bien una influencia tardía que trajeron los viajeros latinoamericanos de Europa a grande costo. Recuérdense los muchos años de prisión que costó a Antonio Naripo la traducción de los Derechos del Hombre.

Después de la independencia el continente se volvió a sumir en el viejo sopor. Llegaron las mil y una guerras internecinas, las rencillas menudas, los golpes de Estado, las nuevas formas de explotación organizada. El pueblo, infectado con la superstición, carecía de conciencia de sí mismo y rehusaba hacer historia.

Podrá parecer una aseveración radical, pero yo insisto que Latinoamérica carece de historia. Lo que ha corrido hasta ahora es la prehistoria, el *record* incompleto del cautiverio, la infancia de una civilización. Apenas ahora está llegando el despertar a la realidad, apenas ahora nos autoexaminamos y buscamos nuestra identidad.

La adolescencia de una civilización

Para dar soporte a nuestra hipótesis da lo mismo tomar la filosofía de la historia que postula la progresión cíclica que la que propone el progreso lineal. Ambas aceptan que las civilizaciones, en su crecimiento intelectual, deben pasar, como el individuo, por un periodo de adolescencia en el que comienza la autoevaluación y la realización consciente de actos históricos. Pues bien, propongo la hipótesis de que la civilización latinoamericana se encuentra actualmente en ese estado de adolescente autoevaluación. Es un periodo de inseguridad, de timidez, en que se busca la aceptación de civilizaciones más maduras o más fuertes como la occidental, en que se duda de los valores propios y se examina el pasado asiduamente en busca de lo que es autóctono, en busca de la propia identidad.

Este es el periodo en que se comienza a hacer historia, cuando nos desligamos de los lazos de dependencia y lo que aprendemos no es ya una fuente de imitación servil, sino que le damos una forma propia, original, y lo adaptamos a nuestras necesidades. Es un periodo de confusión, sí, porque carece-

mos de experiencia para evaluar lo que nos es útil y lo que nos es nocivo y muy a menudo nos entregamos a experimentos que pueden resultar dañinos, pero con los cuales enriquecemos nuestro bagaje intelectual y ampliamos el campo de nuestras percepciones. Mientras tanto nuestro ego se amplía. Esta es la época en que debemos emprender el gran viaje intelectual, en que debemos explorar tierras desconocidas, familiarizarnos con lenguas extrañas, intimar con gentes de todas las extracciones y tendencias. La curiosidad debe ser la pasión dominante, una curiosidad como la de Rubén Darío y los modernistas, siempre despierta, siempre atenta a la combinación feliz entre el fondo y la forma. Debemos lanzarnos a explorar los grandes avances de las ciencias, las artes, y la técnica dondequiera que ellos se encuentren.

Ya tenemos el basamento para el templo maravilloso de nuestra civilización: es el amor a lo bello que se manifiesta en nuestro pueblo en la primacía de lo estético. Todos tenemos un alma de poeta y un corazón sensible e idealista. Igual en la arquitectura que en las artes plásticas y en la literatura ya hemos ofrecido una contribución original valiosísima.

Mientras este periodo explorativo avanza nuestro sistema de valores irá cambiando. En busca de nuestro propio equilibrio emocional, ya hallaremos el sistema político y social que mejor se adapte a nuestros climas. Buscaremos la expresión religiosa que dé expresión auténtica a nuestra sed de justicia y que sintetice en un credo universal las tradiciones de nuestro pueblo.

Pero no se crea que estas cosas han de ocurrir por sí solas. Necesitamos, ante todo, un programa, una estrategia de acción, y una generación joven y rebelde que como torreón batido por el viento se levante sobre el continente y anuncie que América es nuestra, que los americanos hemos decidido conquistar a América. Tendrá que ser una generación de intelectuales porque ellos son la mente del continente y su primer deber es el de educar al pueblo. Ellos deben hacer la exploración, introducir las nuevas ideas, y crear, finalmente, una filosofía y una ciencia originales. Sin los intelectuales no puede haber civilización.

No será trabajo fácil. Será durísimo y costará más de una lágrima y una decepción. Los que ahora hablamos, como Moisés, sólo de lejos veremos la tierra prometida y no oiremos la promesa de un Mesías que traerán los profetas. Pero tenemos fe. Fe en nosotros mismos y en nuestro pueblo que tanta angustia, miseria y vejación ha sufrido.

El primer paso a dar es el de integrar la sociedad latinoamericana en una sola nación como soñó Bolívar. No hay que dar saltos abruptos sino tomar un paso sostenido. La Asociación Latinoamericana de Libre Comercio ofrece una perspectiva estupenda si sabemos confiar en nosotros mismos. Tenemos que estimular las comunicaciones entre los varios países y facilitar el intercambio de ideas. Sólo así aprenderemos a ver un hermano en cada latinoamericano.

